

PALABRA Y EUCARISTÍA

[WORD AND EUCHARIST]

FÉLIX MARÍA AROCENA

Resumen: El misterio pascual de Jesucristo no habría sido comprendido como evento salvífico en favor de los hombres si no hubiera existido la experiencia de la última Cena, en la cual Jesús reveló a los Apóstoles el verdadero significado de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada. En este sentido, así como la última Cena fue interpretación del misterio pascual, así la mesa eucarística realiza hoy la hermenéutica litúrgica de las perícopas del Leccionario que se proclaman. En cada palabra y en cada gesto de Jesús está presente el misterio pascual como el todo está presente en el fragmento. El modo de interpretar la Biblia en la celebración consiste en leerla y comprenderla desde el misterio de Cristo. Esto es lo característico de la aproximación litúrgica a la Escritura.

Palabras clave: Biblia, Liturgia, Palabra de Dios, Misterio pascual.

Abstract: The paschal mystery of Jesus Christ would not have been understood as a redemptive event to save humanity if the experience of the last supper had not existed, in which Jesus revealed to the Apostles the true meaning of his body and flesh being given up for humankind. In this sense, just as the last supper was interpreted as the paschal mystery, so the eucharistic altar today realizes the liturgical hermeneutics of the pericopes that are proclaimed in the Lectionary. In every word and in every gesture of Jesus the paschal mystery is present, just as the whole is present in a single fragment. The way to interpret the Bible in the celebration consists of reading and understanding it from the point of view of the mystery of Christ. This is what characterizes the liturgical approach to Scripture.

Keywords: Bible, Liturgy, Word of God, Paschal Mystery.

El Sínodo de los obispos ha llevado por título «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia»; el Sínodo del año 2005 se tituló «La Eucaristía, fuente y culmen de la vida y en la misión de la Iglesia». El paralelismo de ambos títulos no es casual: el sínodo del 2008 quiere situarse en relación de continuidad con el precedente sobre la Eucaristía e invita a una reflexión específica sobre la relación entre Palabra de Dios y Eucaristía, objeto de mi exposición¹.

Deseo presentar esta reflexión –usando términos líricos– como un canto al *Ordo lectionum Missæ*, sobre todo a su segunda edición (1981); un canto a los prenotandos del Leccionario (= P[OLM]) del Misal Romano. Se trata de un documento que, quizá por poco conocido, aparece poco transitado. Un documento que, partiendo de la herencia del Concilio Vaticano II, avanza y hace un esfuerzo notable por presentar la delicada y, a veces, difícil relación del Pueblo de Dios con la Escritura y con la liturgia. No se trata aquí de resumir el documento; quisiera, más bien, llamar la atención sobre él, convencido de su actualidad.

En el desarrollo de esta reflexión seguiré las siguientes etapas: primero, presentaré el marco de referencia donde situar la Palabra de Dios dentro de la celebración eucarística; después, haré dos subrayados de tipo teológico, para terminar con una conclusión abierta que mire a la pastoral.

1. Existe una trilogía que, a la vez que expresa el dinamismo y la profunda unidad de la experiencia cristiana, nos sirve también para captar la triple *synergia* entre el Espíritu Santo y la Esposa, cuando ésta celebra la santa Eucaristía. Esta trilogía es la siguiente: «misterio-celebración-vida».

1. Cfr. BENEDICTO XVI, «*Exhort. postsynodal Sacramentum caritatis* 44-46», en *AAS* 99 (2007) 139-141.

	CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA	AÑO LITÚRGICO
MISTERIO Teofanía <i>Catábasis</i>	LITURGIA DE LA PALABRA	Adviento y Navidad y Epifanía: preparación, cumplimiento y manifestación de Dios en la verdad de nuestra carne.
CELEBRACIÓN Pascua <i>Anábasis</i>	ANÁFORA La oblación del «Cristo-total» se alza hasta el Padre	La experiencia de esa santa oblación anabática se enfatisa a lo largo de un tiempo «fuerte»: la Cuaresma y la Cincuentena pascual.
VIDA Divinización <i>Mímesis</i>	COMUNIÓN Para la comunión de vida con la Trinidad	En el Tiempo Ordinario, la Iglesia vive la cotidianidad animada por la fuerza de la Pascua para su divinización, su <i>sequela Christi</i> y el crecimiento del Reino.

A nosotros nos va a interesar la liturgia de la palabra en cuanto teofanía descendente (*catábasis*) del Misterio: es decir, lo que es el tiempo de Navidad y de Epifanía en el año litúrgico, eso es –según una cierta analogía– la liturgia de la palabra en la celebración eucarística². Por eso, los pastores que, en cierto sentido, fueron «convocados» por los Ángeles, que cantaban «Gloria a Dios en el cielo», para que acudieran a contemplar la revelación del *Logos* encarnado, esos pastores son el paradigma de la asamblea que se apresta a acoger la epifanía de la Palabra del Padre. No es casualidad que el himno angélico *Gloria in excelsis Deo* preceda inmediatamente a la liturgia de la palabra.

Dicho de otro modo, lo primero que hace la Iglesia cuando llama a sus hijos a la celebración eucarística, es disponerlos a escuchar. Es decir, disponerlos a recibir el don de la Palabra de Dios, el desvelamiento

2. Cfr. J. CORBON, *Liturgia fundamental*, Palabra, Madrid 2001, 149ss.

de su intimidad, la auto-comunicación salvífica de su amor que llamamos, de modo quizá un tanto prosaico, «primera lectura». Precisamente con este «sentarse a escuchar» traducimos ritualmente la estructura propia del acto de fe, que también es eso: un abrirse a la amorosa apertura del absolutamente Otro.

2. Partiendo de estos presupuestos, paso a proponer dos subrayados, ambos de tipo teológico:

2.1. *La relación [Palabra de Dios-celebración eucarística]*

En este primer subrayado trataré de abordar dos cuestiones basilares: explicar por qué la Palabra de Dios es fundamento de la celebración y en qué sentido la celebración realiza una hermenéutica de la palabra y qué clase de hermenéutica es la realizada por la celebración.

2.1.1. *¿Por qué la Palabra de Dios es fundamento de la celebración?*

Para responder a esta pregunta, conviene dirigir nuestra atención hacia uno de los puntos nodales de la teología litúrgica. Me refiero al ligamen que existe entre el programa ritual de la última Cena y el misterio pascual. En otras palabras, entre el mandato cultural de Jesús en el Cenáculo —«haced esto en memoria mía» (Lc 22,19)— y el evento del Triduo sacro. Este ligamen pertenece al evento originario de Cristo y, en consecuencia, es fundante.

La celebración de la fracción del pan, testimoniada por Pablo hacia la mitad de los años 50 d.C., comportaba una parte eucarística y una liturgia de la palabra. Mientras la liturgia eucarística repetía de modo obediente la última Cena, según el mandamiento de Jesús, la liturgia de la palabra proclamaba fundamentalmente —según 1 Cor 11,26— el misterio pascual³. La liturgia de la palabra hace presente la salvación del misterio pascual y la liturgia eucarística hace que esa misma salvación sea

3. 1 Cor 11,26: «Porque cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga». Cfr. R. DE ZAN, *I molteplici tesoro dell'unica Parola-Introduzione al Lezionario e alla lettura liturgica della Bibbia*, Edizioni Messaggero, Padova 2008, 67.

capaz de ser acogida, asimilada y vivida por cada creyente a través del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Esto, por lo que respecta a la relación [Palabra de Dios-celebración eucarística]; veamos ahora la relación al revés: [celebración eucarística-Palabra de Dios].

2.1.2. *¿En qué modo la celebración litúrgica, ella misma, confiere una determinada inteligencia de la Palabra de Dios?*

El acontecimiento del Calvario y del sepulcro vacío está ya misteriosa y proféticamente anticipado y presente en la última Cena. Pero la última Cena no sólo es misterio y profecía, sino también interpretación del misterio. ¿Qué queremos decir con que la última Cena es hermenéutica del misterio?

Recordemos que, para los judíos, Jesús es condenado a muerte por blasfemia: se había declarado hijo de Dios. Para los romanos, Jesús merece la muerte por haberse hecho rey: en el cartel que explicaba la condena estaba escrito: «Jesús Nazareno, el rey de los judíos». Sólo quien estaba presente en el cenáculo podía saber con absoluta certeza hasta qué punto la valencia última de aquella muerte no era herética ni política, sino absoluta y exclusivamente salvífica. El misterio pascual de Cristo no habría sido comprendido como evento salvífico a favor de los hombres, si no hubiera existido la experiencia de la última Cena, en la cual Jesús reveló a los Apóstoles el verdadero significado de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada.

En este sentido, así como la última Cena fue interpretación del misterio pascual, así la mesa eucarística realiza hoy la hermenéutica litúrgica de las perícopas del Leccionario⁴. Lo que se anuncia desde el Leccionario se entiende siempre a la luz del misterio pascual, del que la celebración es anámnesis sacramental. Se trata de poner el acento en que cuando se celebra la Eucaristía, la Biblia se lee dentro de la intención que tiene el texto leído. Se trata de una lectura informada o «finalizada» por el misterio pascual. Si no se lee en esta clave, el texto bíblico sufrirá deformaciones irremediables y la asamblea litúrgica se privará de un principio de comprensión que no puede ser suplido por nada.

4. Cfr. *ibid.*, 73.

La celebración eucarística, por hacer presente *in mysterio* la Pascua de Cristo, es el espacio espiritual más apropiado para entender los contenidos bíblicos, dejando que sean esos contenidos los que impriman en nosotros su clave, en vez de ser nosotros quienes los sometemos a esquemas prefabricados, que quizá sirvan para confirmar que tenemos razón, pero que nos podrían alejar de la razón de Dios, esa razón que le movió a poner en marcha todo el proceso salvífico, enviando a su Hijo, haciéndole llevar una vida concreta y poniendo en sus labios unas palabras determinadas⁵.

Existe, por tanto, un único modo para interpretar la Biblia en la celebración, o sea, un modo para leerla de modo que nos dé su sentido exacto, el querido por Dios: tal modo consiste en leerla y comprenderla desde el principio enunciado por el mismo Jesús en dos ocasiones diferentes y ambas dentro del mismo día y dentro del mismo capítulo 24 de San Lucas: «y comenzando por Moisés y todos los profetas les explicó todo lo que en las Escrituras se refería a él» (v. 27). Ese mismo día, no ya hablando con Cleofás y su compañero de viaje a Emáus, sino dirigiéndose a los Once les dijo: «conviene que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, los profetas y los salmos acerca de mí» (v. 44). Así pues, el modo para interpretar la Biblia en la celebración consiste en leerla y comprenderla desde el misterio de Cristo. Esto es lo característico de la aproximación litúrgica a la Escritura. Éste es el efecto de proclamar la Palabra de Dios desde su sede litúrgica, el ambón. Y esto es lo que nos permite decir, empleando términos coloquiales, que nunca la Biblia es tan Biblia como cuando ella misma se encuentra y es leída en la Eucaristía que se celebra. El segundo subrayado se fija en la dinamicidad propia de la Palabra de Dios celebrada en el rito eucarístico.

2.2. *Palabra y economía sacramental*

Los P(OLM) contemplan la sagrada Escritura no sólo como comunicación de la revelación, sino también como realidad capaz de ser acción⁶. No ignoramos que, en la Biblia, Dios es evocado en términos más relacionales que existenciales. El Dios de la Biblia no sólo es el Dios que existe, sino sobre todo el Dios que habla. Y la Palabra de Dios no sólo di-

5. Cfr. A. BANDERA, *Oración cristológica*, San Esteban, Salamanca 1990, 157ss.

6. El *Instrumentum laboris* es deudor de esta misma teología (cfr. n. 36).

ce, sino que actúa. Las primeras palabras del Génesis son el primer testimonio de esta dimensión de la Palabra de Dios como acción (*ergon*). Dios crea el universo con su palabra. Dios dice: «hágase...», y esa palabra se convierte en algo real salido de la nada: «Dijo Dios: “hágase la luz”. Y la luz existió» (Gen 1,3). La Palabra de Dios no sólo es comunicación, o sea revelación de la intimidad trinitaria, sino que es también acción.

Para el poeta alemán Johann W. Goethe († 1832), traducir el sustantivo griego *logos* del Prólogo de san Juan por «palabra» (*Wort*) era una sobrevaloración; sin embargo, proponer sucesivamente las nociones de «sentido» (*Sinn*), «fuerza» (*Kraft*) y «acción» (*Tat*) equivalía a hacer un elenco de cuantos aspectos internos están incluidos en la noción bíblica de palabra. El término hebreo *dabar*, que está debajo del término griego *logos*, significa también promesa que infunde sentido al mundo y que da forma al tiempo, fuerza que genera vida y hace venir a la existencia lo que antes no era, acción que interviene en el devenir de la historia y del mundo.

Si, tras estas consideraciones, descendemos al plano de la celebración eucarística, la palabra es comunicación y acción, en la cual Cristo está presente y obra⁷. Su palabra está sometida a las mismas leyes que sus acciones. El misterio pascual de Cristo, que alcanza su culmen en la muerte y resurrección, no estaba ausente durante su ministerio público. Más aún, el misterio pascual se hallaba profundamente presente y eficaz. Si no fuera así, cabría pensar que el perdón y la oferta de salvación que Jesús hace al paralítico, a la mujer pecadora o a Zaqueo no fueron verdaderos perdones, no fueron verdaderas ofertas de salvación, cosa que la fe cristológica rechaza⁸.

Esto significa que, en la persona de Jesús, el misterio pascual que él llevaría a culminación en el Triduo sacro, estaba ya presente y operante en cada palabra y en cada gesto de su vida. Es ésta una perspectiva que va de lo posterior hacia lo anterior: el misterio pascual presente en las acciones y palabras de Jesús. Si invertimos la marcha y vemos esto mismo al revés, es decir, de lo anterior a lo posterior, podemos decir que cada palabra y cada gesto de la vida de Jesús es un momento en el cual se hace misteriosamente presente el misterio pascual, palabras y gestos que, a su vez, ve-

7. Cfr. *Sacrosanctum Concilium* 7.

8. Cfr. Lc 5,20-24; Io 8,10-11; Lc 19,5-10.

lan y ocultan ese misterio. Su manifestación sirve, a la vez, de ocultamiento. Ocurre algo parecido, con las limitaciones de un ejemplo, a lo que sucede con el seno de la madre que va a dar a luz: allí hay un hijo, pero contemporáneamente lo esconde hasta el momento del nacimiento; así, de modo análogo, cada afirmación y cada gesto de Jesús dejan entrever el misterio pascual, mientras lo confían al secreto hasta el día de su manifestación dolorosa en el Viernes y gloriosa en la alborada del Domingo. Parafraseando la expresión de un teólogo del siglo pasado, se podría decir que en cada palabra y en cada gesto de Jesús está presente el misterio pascual como el todo está presente en el fragmento. Vale la pena prestar atención solícita al fragmento porque abriga la presencia del todo.

Esta breve consideración permite, por ejemplo, entender por qué en la venerable tradición litúrgica, el Leccionario no siempre respeta el criterio del «texto íntegro», como han señalado algunos biblistas. No siempre se proclama un texto completo, o sea, toda una sección exegéticamente significativa; por el contrario, el *incipit* y el *explicit* de la perícopa, tal y como aparecen señalados en el *Capitulare* que precede al OLM, son los que son porque responden a esta aproximación específica de la liturgia a la Biblia. En la celebración eucarística, la mesa de la palabra recibe su significado y actualización de la mesa del pan.

Cuando llega la proclamación del Evangelio, todo esto gana intensidad, adquiere aún una mayor temperatura espiritual. Porque, en la liturgia de la palabra, Dios siempre habla a sus hijos, pero ahora, en el momento de proclamar el Evangelio, lo hace por medio de su Hijo. Por eso se exige el sacramento del Orden en el grado del diaconado. El diácono es el ministro ordinario del anuncio del Evangelio porque al bautizado laico le falta la capacitación ontológica para re-presentar a Cristo, divino Proclamador que ejerce la *diakonía* de su palabra en bien de su Esposa.

El Espíritu es el Soplo de la Palabra⁹. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su Aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu son distintos pero inseparables¹⁰. En el Espíritu Santo, las pala-

9. Cfr. Y. CONGAR, *La parole et le souffle*, Desclée, Paris 1984.

10. Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 689. En la tradición alejandrina hay una doble epiclesis, es decir una invocación del Espíritu antes de la proclamación de las lecturas y una segunda después de la homilía (cfr. «Euchologion Serapionis», 19-20, en M.E. JOHNSON [ed.], *The Prayers of Serapion of Thmuis*, Pontificio Instituto Orientale,

bras del Hijo son más que una enseñanza, se convierten en acontecimiento. Mis palabras son Espíritu y Vida; son Vida en el Espíritu. El Espíritu Santo hace vida mi palabra. En la acción sagrada dos más dos nunca son cuatro; hay siempre un excedente, un *plus* proveniente de la acción del santo *Pneuma*, que es, en sentido profundo, el verdadero animador, el *anima* de la celebración.

En la liturgia de la palabra no se trata de recitar un texto –a veces ya conocido– y... simplemente oírlo. Eso sería volver al tiempo de la primera Alianza. Sería excluirse de la nueva creación que ha traído para siempre la Resurrección. En la liturgia de la palabra algo acontece. El tiempo ha sido resucitado y presenta la cualidad de un presente lleno de Presencia¹¹. En el Espíritu Santo, las palabras de Jesús son más que una enseñanza; se convierten en acontecimiento. «Yo digo y Yo hago» (Ez 36,36); la expresión profética, que recoge Ezequiel, nunca es tan verdadera como en el momento celebrativo de la Iglesia. En uno de los pasajes de mayor calado teológico de los P(OLM) se lee:

«La misma celebración litúrgica, que se sostiene y se apoya principalmente en la Palabra de Dios, se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece esta palabra con una nueva interpretación y una nueva eficacia» (n. 3).

Esta nueva interpretación –desde el misterio de Cristo–, este acontecimiento –el generado por la misión conjunta del Soplo y de la Palabra–, es de lo que hemos venimos tratando hasta ahora. Pero el texto habla también de una nueva eficacia. Para entender a qué se refiere hemos de seguir leyendo ese mismo n. 3 de los P(OLM):

«De este modo, en la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las sagradas Escrituras, puesto que él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del “hoy” de su acontecimiento personal» (n. 3).

Roma 1995, 70-71). El Espíritu guía al presidente en la misión profética de comprender, proclamar y explicar adecuadamente la palabra de Dios a la asamblea y, paralelamente, lo lleva a invocar una justa y digna recepción de la palabra por parte de la comunidad reunida.

11. Vale la pena recordar el texto de Juan Pablo II en *Dies Domini* 84: «el tiempo, habitado por Aquel que es el Resucitado y Señor de la historia, no es el féretro (*conditorium*) de nuestras ilusiones sino la cuna de un futuro siempre nuevo, la oportunidad que se nos da para transformar los momentos fugaces de esta vida en semillas de eternidad».

El arquetipo de cuanto estamos describiendo se encuentra en lo acontecido en la sinagoga de Nazaret¹². En efecto, la primera palabra de la primera homilía del primer homileta es «hoy»: «hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». Jesús no glosa el texto de Isaías; lo actualiza. Su acontecimiento personal, la presencia del divino Proclamador, explica que las palabras de Isaías revivan para aquella asamblea de sus paisanos. Y lo que en la sinagoga de Cafarnaúm fue evento, en la liturgia de la palabra se hace sacramento. Por eso, en el ambón, la palabra experimenta un renacimiento místico. En este renacer, la palabra se anuncia como salida de la boca de Cristo¹³; como espada de dos filos, sin perder un ápice de su potencia salvífica. En el Pontifical Romano-Germánico se lee: *Evangelium legitur, in quo Christus ore suo loquitur populo* (se lee el Evangelio, en el cual Cristo habla al pueblo con su misma boca).

Se comprende, pues, cómo toda celebración eucarística invita a una doble comunión: con la Palabra y con el Cuerpo. El dinamismo con el que las liturgias ritualizan ambas comuniones presenta un significativo paralelismo. Se observa un cuádruple movimiento común hecho de procesión-canto-diálogo-silencio.

	COMUNIÓN CON LA PALABRA	COMUNIÓN CON LA EUCARISTÍA
PROCESIÓN ↓	del Evangeliario.	de los <i>communicantes</i> .
CANTO ↓	del versículo previo al Evangelio.	de comunión.
DIÁLOGO DE FE ↓	«¡Palabra de Dios!» «¡Gloria a ti, Señor Jesús!» ¹⁴	«¡Cuerpo de Cristo!» «¡Amén!»
SILENCIO SAGRADO	de acción de gracias.	de acción de gracias.

12. Cfr. Lc 4,16-21; 24,25-35 y 44-49.

13. Cfr. C. VOGEL, *Le Pontifical Romano-Germanique du dixième siècle, Studi e Testi*, vol. I (*Le texte*), Città del Vaticano 1963, 18, 334. En idéntico sentido, AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo* 85, 1, en BAC, *Obras completas de San Agustín*, vol. X, 497: *Os Christi, evangelium est; in celo sedet, sed in terra loqui non cessat* (el Evangelio es la boca de Cristo: está sentado en el Cielo, pero no deja de hablar en la tierra).

14. En el rito hispano-mozárabe la asamblea responde: ¡Amén!

3. CONCLUSIÓN ABIERTA

Llega el momento de concluir con una consideración final que pueda arrojar algo de luz de cara a una idónea pastoral litúrgica. Tomando prestadas palabras del *Instrumentum laboris*, yo convengo en que «el pueblo de Dios no ha sido verdaderamente introducido a la teología de la Palabra de Dios en la liturgia» (n. 33). Los cristianos están llamados a tener una nueva visión de la Sagrada Escritura que no se reduzca a captarla sólo como un libro escrito. A una distancia de 40 años de la reinstauración litúrgica, el fruto de esta carencia se aprecia en que los fieles, al menos en su gran mayoría, viven la liturgia de la palabra de un modo pasivo, sin apenas experimentar el sentido de acontecimiento que conlleva su celebración.

En mi opinión, el diagnóstico de esta crisis es el siguiente: el pueblo no advierte en la liturgia de la palabra el carácter sacramental que le caracteriza. Sería suficiente con cubrir esta laguna. Para que los cristianos fueran sensibles a esta sacramentalidad, siempre inherente a la palabra celebrada, sólo cabe una solución: que los pastores acerquen y hagan asequible al pueblo las ricas Introducciones de los libros litúrgicos. Condición previa para ello es que los pastores se interesen vivamente por ellas. La celebración es la manifestación viva del contenido de la palabra y pide zahoríes con la cabeza pegada a tierra que perciban el ruido de las fuentes ocultas y de las germinaciones invisibles que brotan de esa palabra.

Sólo así se podrá experimentar la diferencia cualitativa que media entre la «asistencia» a la eucaristía dominical y la «participación» en la eucaristía dominical. La primera es una realidad roma, donde la Palabra de Dios aparece excesivamente «domesticada», haciendo que la espada afiladísima vaya habitualmente enfundada en su vaina, incapaz de penetrar hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula (Hb 4,12). La segunda es una realidad alegre, en donde redunda la luz del misterio que ilumina y transforma la experiencia cristiana diaria. Por eso la diferencia es enorme.

Si nos movemos en el campo de la «asistencia» a la eucaristía dominical, la adhesión de los fieles al domingo y a su eucaristía pascual es asombrosa. Contemporáneamente se advierte que no saben decir ni siquiera el porqué. Es el «porqué», mordaz e insidioso, que plantean tan-

tos jóvenes a sus padres practicantes: ante las respuestas insatisfactorias, por legalistas o moralizantes, viene la desafección, lógica para los jóvenes, dolorosa para los adultos. Pero ni unos ni otros pueden expresar aquello que la liturgia significa en su vida.

Hay, finalmente, otro asombro. El asombro de estos mismos jóvenes cuando, por la casualidad de un encuentro, participan en una celebración abierta al misterio. «Si fuese siempre así –dicen–, estaríamos dispuestos a retomar el camino de la Iglesia». Pero para eso sería necesario que la fe fuese profundizada de otra manera y redescubriera con evidencia y convicción lo que supone la Liturgia. Evidencia que quizá no es lo bastante resplandeciente en sus mayores¹⁵.

Gregorio de Nisa († 394) habla de la Palabra de Dios como de un manjar¹⁶. Esa apropiación le permite jugar con las normas de la cena pasual judía en relación con la Escritura. En una de las prescripciones rituales de esa cena, el Niseno encuentra una figura particularmente significativa: «el cordero ha de comerse recién sacado del fuego». Y el fuego es uno de los símbolos del Espíritu. ¿No significa esta norma que hemos de acercar el manjar de la Escritura al Fuego vivo, o sea, que no debemos dejarla enfriar? ¿No significa que la escucha de la Palabra de Dios debe hacerse junto al Fuego, es decir, en la comunión con el Espíritu?¹⁷ Y, ¿acaso la liturgia no es su escenario privilegiado?

Félix María AROCENA
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

15. Cfr. J. CORBON, *Liturgia fundamental*, Palabra, Madrid 2001, 31.

16. Cfr. GREGORIO DE NISA, *De vita Moysis*, II, 109-114, en *SCb* 1, 170-172 (PG 44, 357B).

17. Cfr. J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor, Sígueme*, Salamanca 1999, 65.